

Autin-Grenier, Pierre

La eternidad no sirve de nada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Dedalus, 2018.

142 p. ; 20 x 13 cm. - (Biblioteca Contemporánea; 13)

Traducción de: Ignacio Rodríguez ; Clara Auger.

ISBN 978-987-3744-38-9

1. Literatura Francesa. I. Rodríguez, Ignacio, trad. II. Auger, Clara, trad. III.
Título.

CDD 843

Título original: *L'éternité est inutile*

© 2002, Gallimard.

© de la traducción: Clara Auger, Ignacio Rodríguez

1ª edición: mayo de 2018

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

Prohibida la venta en España

© Dedalus Editores

Paraguay 3034 3D, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección: Crudele Ribeiro

Ilustración de cubierta: Alejandro Crudele

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-3744-38-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

La eternidad no sirve de nada

PIERRE AUTIN-GRENIER

Traducción
CLARA AUGER
IGNACIO RODRÍGUEZ

DEDALUS 

Para mi amigo y editor, Jean LE MAUVE,
tipógrafo de las galaxias, por fidelidad.

Cada cual tiene sus razones para
Evadirse de su miseria íntima y cada
Cual de nosotros para lograrlo toma prestado
De las circunstancias algún ingenioso camino.
¡Dichosos los que se conforman con el desorden!

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Viaje al fin de la noche

Si escribimos ficciones, que al menos sean verdaderas.

SIMÓN ORTIZ

Caminando un rato junto a Ascaso y Durruti

Incluso en pleno diciembre en México siempre está lindo y Durruti y Ascaso, empuñando pistola Star, surgen de pronto a contraluz, apuntan a la caja y gritan bien fuerte: “¡Arriba las manos!” Está también Gregorio Jover que, con un revés de manga, levanta veloz el poco cambio que quedó sobre el mostrador, como si los billetes grandes, ya en la bolsa, no fuesen suficientes. “¡Es para dar vuelta con cambio!” dice en broma, para que Durruti y Ascaso se relajen hasta que el cachibache podrido que tienen de auto arranque escupiendo los pulmones y los lleve a los tres hacia una feliz Navidad para el diario del sindicato y panoplias de Robin Hood para los mocositos de las villas. Estamos en 1925, como si fuera hoy; en París, Fréhel —¡la Reina de los apaches!— canta *Du gris* y ya Buenaventura Durruti, el rebelde, es amigo mío.

Cuando ocurre (no muy seguido) que empujo la puerta del Banco Popular Provenzal & Corso, entonces, es más fuerte que yo, pienso siempre en Durruti y su pistola mágica. En mi cabeza grito bien fuerte: “¡Manos arriba!” Pero como nada de lo que es normal para mí puede

revelarse como muy peligroso en verdad, a los alarmistas de atrás de las ventanillas, sin sospechar nada turbio, entonces no se les mueve ni un pelo y me reciben fríamente como a un fulano cualquiera cuya cuenta hace lustros anda por el piso. Así, me quedo plantado en el medio del banco, de aspecto un poco triste tirándome balas de salva con la pistola en la cabeza, y tras olvidar por completo mostrarme desagradable, me oigo preguntar amablemente al gorgojo de servicio si tendría a bien, por casualidad, consentirme un pequeño adelanto, sólo para ir tirando hasta el próximo pago y no morir de hambre y sobre todo reventar de sed antes del día treinta. Claro, resulto demasiado moderado en medio de tanta furia y por desgracia no manifiesto, en mi vida diaria, la misma impaciencia revolucionaria que mi amigo Durruti.

Escucho a Fréhel cantar “La tortillera” mientras lavo los platos y me pregunto si me hubiese acoplado al complot cuando, tras volver de París, Durruti quiere cargarse a Alfonso XIII... Apenas los canas desligados de los menores pormenores del asunto, se tiran sobre él como bestias enfurecidas sobre un churrasco con papas fritas y, con Francisco Ascaso, ¡Terminan los dos bien encerrados por seis meses allá por la Santé! Personalmente, siempre me las arreglé bastante bien para no ir a la cárcel nunca (al menos hasta ahora) y, les doy mi palabra, no me veo tomando semejante riesgo sólo para eliminar

del planeta a uno de esos retoños reales que andan en carroza oficial por los Campos Elíseos; a pesar de la intensidad del momento, de la satisfacción artística que uno podría legítimamente extraer de semejante acto creativo. Le digo eso a Buenaventura en broma y que, decididamente, ¡no!, hacernos los Ravailac hoy en día ya no alcanza; ¡ya no estamos en el veintisiete, mi viejo! Durruti monta en olímpica cólera por la cocina, ¡Fréhel la quedó! Rompo dos platos y los pies de tres copas adentro de la pileta...

Otra vez —porque con él es siempre zafarrancho y castañazo—, salta a la tribuna en un mitin, en Figols, y arenga fervorosamente a los mineros catalanes que enseguida se sublevan. Ahí estamos embarcados en cinco rudas jornadas de combates, de una calle a la otra, trampas y barricadas. ¡Ver para creer! Balaceras entre guardias civiles y obreros a quienes se unieron soldados convencidos por Buenaventura; proclamación, entre dos metralas, del comunismo libertario: abolición de la propiedad privada y del dinero. Bombardean de todas partes, es 19 de enero de 1932; ¡ya ni siquiera sabemos de verdad dónde estamos parados!... Yo, “¡Esto recién empieza, sigamos el combate!”, grito con los otros en medio de destellos y detonaciones; pero igual me preocupa lo que van a pensar los chupatintas del Banco Popular cuando, de regreso de ensoñaciones, vaya a silbarles en la oreja que el índice CAC 40 ya no existe y que,

en adelante, pagar un alquiler me parece de lo más superfluo... Sin contar que en ¡'32! ¡'33! ¡'34!, como siempre, Durruti se encuentra nuevamente en una celda y yo completamente solo, arrastrando miserias y persiguiendo alguna ollita popular. En el Olympia Fréhel con más ímpetu sigue cantando *No es distinguido*. ¡Es el triunfo del music-hall!

Linda época en la que toda clase de gente, porque la miseria es buena consejera, se precipita al vientre de los supermercados, y de góndola en góndola, satisfacen su voracidad de chorizo al ajo y huevos de esturión en tubo con, a veces, alguna dificultad para ingurgitar sin debilitarse una lata de guiso frío que luego cae al estómago como el derrumbe brutal de un pedazo de pared en un terreno baldío. Es, en plena primavera, la apoteosis del autoservicio y los comienzos de la aplicación del método Durruti. Porque justamente, no pasa de ayer a la noche, mi novia me dice de repente: “¿No te parece que, poco a poco y sin darnos cuenta demasiado, nos estamos volviendo definitivamente pobres en esta sociedad falluta?” Primero un poco sorprendido, por eso fue que después me puse a hablarle de Durruti y que además podíamos ir caminando un rato junto a él. Porque, comprenderás, no vamos a esperar un improbable más allá para masturbarnos estúpidamente con los ángeles. La eternidad no sirve de nada: acá y ahora hay que luchar. Enseguida decidimos hacer el amor, dejando para el

próximo párrafo la cuestión de saber lo que ocurriría con nosotros y Durruti si, en una de esas, la burguesía y sus *pitbulls* se rebelasen seriamente.

Precisamente el siguiente párrafo empieza bastante mal. Si el estilo un tanto anárquico del autor no es *in extenso* y de inmediato condenado, el de Durruti sí lo es y sin vueltas. Al pie de La Rambla, en Barcelona, se levantan a toda velocidad barricadas, Francisco Ascaso y Buenaventura recorren la ciudad en camiones de la CNT, huele a pólvora, el pueblo se reposicionó en sus puestos de combate; los pudientes, aterrorizados por la victoria del Frente popular y la amenaza libertaria, acaban de largar a los lobos por todas partes. Son las cinco, el 19 de julio del 36, hubo un golpe de Estado, hay que defender Barcelona de los militares sediciosos. Acá, en plaza de España, el regimiento Montesa repliega la tropa frente a la contraofensiva obrera. Un cabo entonces arenga a sus camaradas para que cambien de bando y fusilen a los oficiales traidores. Allá, en el paseo de Gracia, al regimiento de Santiago le toca refugiarse en el convento de las carmelitas. Durruti dirige los combates en la plaza de Cataluña; nosotros estamos con Ascaso que coordina la lucha de su estado mayor en la plaza Arco del Teatro. En todas partes los amotinados ceden terreno, la multitud invade el cuartel Pedralbes rápidamente rebautizado Bakunin (¡imaginen cómo aplaudía yo a dos manos!). Buenaventura toma por asalto la central tele-

fónica. Sangriento cuerpo a cuerpo, decenas de compañeros quedan tendidos en la calle (entre ellos Obregón, secretario de los grupos anarquistas). A las 16.30 tropas leales bombardean el cuartel general de los militares, me gritan al oído que por todos lados se constituyen comités de soldados y obreros; Barcelona, prefiero creer en ese momento, le está ganando a los fascistas.

Ella salta de entre las sábanas, como diablo de una caja de fósforos, desnuda, revoleando la bombachita por encima de la cabeza grita: “¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!” Patalea sobre la cama como bailarina de flamenco que cae en una fuente borgoñona a pisar uvas de pinot blanc. Cree que se acabó todo, que Fréhel en el tocadiscos destartado puede de nuevo taladrarnos a perpetuidad con *El vals de los corpulentos* y *La java azul*. ¡Basta! Grito haciendo crujir la púa a lo ancho de todo el microsuro: ¡Travelling hacia atrás!... Aún resisten un puñado de facciosos, algunos atrincherados en el convento de las carmelitas; “¡Qué lo prendan fuego!”, se acalora como petrolera despabilada. Listo. Pero cuando se disponen a desalojar a los del cuartel Atarazanas y un grupo de francotiradores sube a tomar posición, entonces una bala en plena frente y Francisco Ascaso, en el corazón ardiente de Barcelona, cae por el fuego de los franquistas. ¡Pero fíjense, Durruti está loco! Qué dolor. Nosotros también, de pronto curiosamente aturdidos. Los ojos enrojecidos de Ascaso nos miran por última vez, nos

quedamos jadeantes un segundo en el reborde de la cama, comprendemos enseguida que en la rutina de hoy también nosotros estamos rodeados. Sin embargo ya Buenaventura, conmovido por la muerte de su amigo, enfila hacia el cuartel, arrastrando como séquito una multitudinaria comitiva de combatientes fascinados. Frente a esa marea humana los franquistas, aterrorizados, izan la bandera blanca. Pero ahora ella comprendió: Zaragoza cayó, otras numerosas ciudades también, e incluso Madrid está amenazada.

*Madrid que bien resiste
mamita mía
los bombardeos.
De las bombas se ríen
mamita mía
los madrileños.*

De tanta cantinela repetida sin parar en el tocadiscos rayado, de vez en cuando Fréhel casi nos hace llorar.

Ella se pone la bombachita al vuelo, se calza una chomba y un jean roñoso, salta en mocasines gastados: nos vamos a tomar un vigorizante al café *Los castaños*, en la estación Municipalidad, el corazón envuelto en terciopelo negro porque de golpe, aunque a mediados de julio, nos entró como un fresco. Caminando ella dice: “¿Creés que nos vamos a morir sin haber cambiado el mundo?” Siempre va a tener veinte años, ¡en serio! Le

cuento, el 20 de noviembre del 36, a las seis de la mañana en una Madrid sitiada, la muerte de Durruti. Fréhel, ¿sabías?, está enterrada en el Cementerio de los perros perdidos; Durruti, no sé, ya me olvidé. Quizás todavía esté vivo. Entonces ella se inclina hacia mí y me desliza, mi amor, para el porvenir un atentado en el bolsillo. Tomamos de un trago nuestros dos cafés con hielo y nos vamos sin pagar.